

Malaventura

Fernando Navarro
 Editorial Impedimenta
 192 páginas, 19 euros



Mitología de un destino trágico

Muchos de los personajes de 'Malaventura' viven en la brutalidad descarnada y sanguinaria de lo atávico

RICARDO BAIXERAS

El wéstern, que se construye en la narración de lo que Harold Bloom llamó, a propósito de *Meridiano de sangre* de Cormac McCarthy, «la guerra perpetua», no es un género habitual por estos lares. *El guionista de cine* Fernando Navarro (Granada, 1980) debuta en la ficción narrativa con un libro de carácter híbrido que juega con esa estética wéstern suturando, con la fuerza centrípeta de una insaciable mitología del destino trágico, la vida de unos personajes pergeñados por los ecos lorquianos del *Romancero gitano* para ahogarlos en un escenario enraizado en la violencia que a todos alcanza y

donde la muerte señorea el mundo: «El hombre trae muerte. Y es que la muerte misma puede parecer un mendigo *desarrapao* con la chamarra llena de polvo y sangre seca en un labio que parece partido y un par de dientes rotos que hacen al mellao sonreír poco. Podría ser un espectro si se pudiera volver de la muerte. Podría ser un demonio si existiera el infierno. Nada de eso existe. Solo existe la muerte».

El epígrafe con el que Navarro abre el libro («Cuando canto, me sabe la boca a sangre») es ya una declaración de intenciones en un libro que ni es novela ni son relatos, sino más bien un texto hilvanado por una geografía atemporal, por

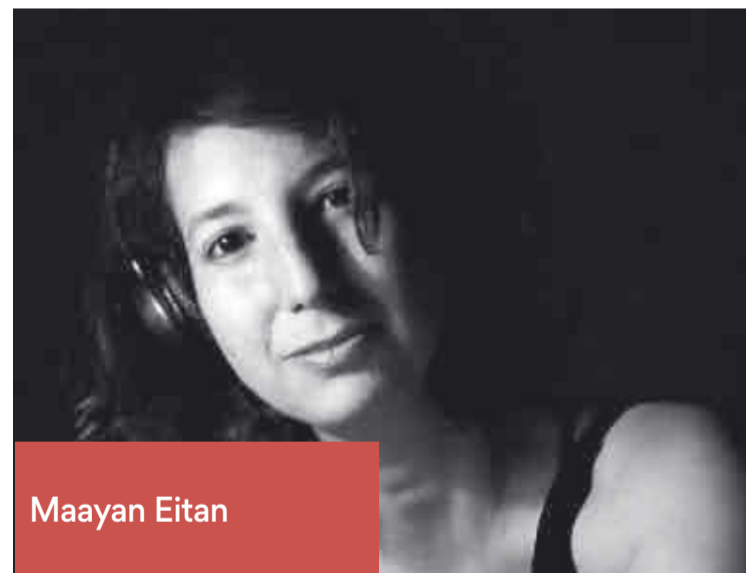
un tono oral más que destacable, por una sintaxis narrativa más que eficiente y por unos personajes que van en busca de una intimidad que no pueden comprender y en el que la soledad es el emblema de unas vidas enraizadas en una violencia de la que no se pretende dar cuenta. Muchos de los personajes que pululan por este libro viven en la brutalidad descarnada y sanguinaria de lo atávico pero no pueden –ni quieren– explicarla. De ahí que aparezcan niños porque es en esa figura en la que Navarro aúna la pura inocencia con la brutalidad más animal: «Matar se convierte en algo que uno hace como si bebiera anís: calienta el cuerpo porque lo alimenta». Y de ahí que en el

Cómo ser libre

'Amor', de Maayan Eitan, es un libro movedizo que obliga a una andadura atenta

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

La ironía es un arma delicada. Corta y hierde. Y obliga a sospechar. La complacencia no se encuentra entre sus inquietudes. Tampoco las ganas de agradar. Titular *Amor* una historia narrada por una puta es una decisión irónica que esconde una proclama: «Abandonad toda esperanza de inocencia los que entréis en esta historia». El lector hará bien en asumir esa advertencia, porque este libro movedizo y sugestivo no regala un mapa para moverse por sus páginas, sino que obliga a



Maayan Eitan

Brutos; feos y malos

El libro de Moshfegh es de frase corta, realismo sucio y ritmo de una musicalidad dodecafónica

SERGI SÁNCHEZ

Tal vez las palabras que se repiten más a lo largo de estos magníficos cuentos sean «odio», «asco» y «feo». No parece muy alentador, a no ser que el lector sea muy fan de Céline, Bataille o Bukowski. ¿Podríamos hablar acaso de la réplica femenina a Donald Ray Pollock o de la doble americana, como ha apuntado Rodrigo Fresán, de Sara Mesa? Lo cierto es que, para Ottessa Moshfegh, la luz solo se enciende bajo el techo de la hostilidad, sin hacer distinciones entre espacios urbanos o rurales, entre jóvenes o ancianos, entre pobres o profesionales liberales. La desolación es su credo, la sordidez su biblia, la desesperación su *modus vivendi*. Su estilo, puli-

do como un diamante encontrado en el estercolero de la decepción. Frase corta, realismo sucio y ritmo de una musicalidad dodecafónica: las palabras adquieren la melodía de una gota cayendo de un grifo mal cerrado, provocando una sensación de desasosiego en el lector que se acumula como en una inundación anunciada.

En el relato que cierra *Nostalgia de otro mundo*, *Un lugar mejor*, suerte de coda alegórica a la colección, Urszula, que tiene un hermano mellizo, está convencida de que ambos nacieron «en otro lugar» que no es la Tierra: «No es un sitio ni un lugar, pero tampoco es que sea ninguna parte. No tiene un dónde. No sé qué es, pero este sitio

de aquí seguro que no, con todos vosotros que sois tontos». Es en ese lugar que el lenguaje no puede delimitar, tomando la forma de una playa, de una estación de autobuses plagada de zombies politoxicómanos, de un restaurante de comida rápida, de un cibercafé, de una casa de paredes desconchadas o de una puerta que nunca deberíamos cruzar, donde se despliegan los deseos frustrados –a menudo siniestros, que huelen a tabú y caramelos derretidos por el sol– de una pandilla de personajes brutos, feos y malos, cuya perversión exuda una ternura terrorífica. La implacable estructura de cada relato –difícil escoger entre *El señor Wu*, *Suburbio*, *El muchacho de la*